

1. Los *arcana imperii* de la era telemática: la pandemia global y el destino teológico-político del signo



<https://doi.org/10.36592/9786587424606.17-27>

Fabián Ludueña Romandini¹

1.

En este mundo cambiante sobre el que ha caído una noche abrasadora de niebla, tengo un privilegio: el poder dirigirme a ustedes para hacerlos partícipes de mi humilde pero convencido parecer acerca del destino actual de Occidente.

Debemos vislumbrar no ya al *bíos* ni a la *zoé* sino a la *psyché* como el nombre si no más antiguo al menos el conceptualmente más abarcativo (puesto que de ningún modo unitario) de la vida, seguramente anterior a las articulaciones más tardías de Aristóteles en su *Política*. Sostenemos que, a pesar de algunos estudiosos, no resulta inadecuado traducir el término *pysché* con un sentido primigenio de "vida" que luego iría restringiendo su significación hacia el de alma individual, puesto que no está ausente de las fuentes más antiguas el hecho de que los muertos puedan ser representados a partir de sus cuerpos errantes o bien transferidos a las formas de serpientes (creencia cuya raigambre remonta al Neolítico) y también figurados como un *eidolôn* o imagen. De esta forma, la *psyché* como "vida" es vida viviente y post-vida, vida-en-cuerpo y plus de cuerpo, fuerza metamórfica trans-humana que se difumina en el mundo de la animalidad y en el chamanismo de los sueños. En suma, la *pysché* produce, por su sola presencia, una hiper-corporalidad donde cuerpo interno y externalidad, vida y muerte se desagregan como efecto de un continuum de

¹ Filósofo, doctor y magíster por la *École des Hautes Études en Sciences Sociales* de París, Francia. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Instituto de Investigaciones "Gino Germani" de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Es profesor titular concursado de Filosofía en la Universidad Argentina de la Empresa (UADE). Autor de libros traducidos al inglés, italiano y portugués entre los que se cuentan *Homo Oeconomicus*. *Marsilio Ficino, la teología y los misterios paganos* (2006); *La comunidad de los espectros I. Antropotecnia*, (2010); *Más allá del principio antrópico: hacia una filosofía del Outside*, (2013); *H.P. Lovecraft. La disyunción en el Ser* (2014); *Principios de Espectrología* (2016), *La ascensión de Atlas. Glosas sobre Aby Warburg* (2017); *Arcana Imperii. Tratado metafísico-político* (2018) y *Summa Cosmologiae. Breve tratado (político) de inmortalidad* (2020).

lo existente. En este sentido, no debemos olvidar tampoco que, en los períodos arcaicos, la vida es un aspecto del ser.

2.

El ser humano era concebido, en los arcaicos tiempos homéricos, como un compuesto hecho del cuerpo y de las fuerzas vitales en un todo indisociable al menos hasta la muerte momento en que la *psyché* como imagen invisible cobra una existencia independiente. La filología posterior ha querido ver, sin embargo, un proceso más lento de constitución de esa unidad psico-física puesto que, tal vez, habría que observar en Homero una escisión entre vida animal (*pysché*) y alma-espíritu (*thumós*). De hecho, en Homero no está tampoco ausente la distinción entre vida animal y vida calificada, como en la expresión "*zóeis d'agathòn bíon*" (HOMERO, *Odisea*, XV, 491), aún cuando la *zoè* puede aplicarse, asimismo, a la vida apacible de los dioses.

La victoria del término *pysché* como vocabulario integral de la vida y el relegamiento de la noción de *thumós* al ámbito de la "bravura" (cuando antes estaba asociado al alma) sería más bien un proceso histórico que sobrepasa los tiempos homéricos. Aún así, ya sea que el sentido fuera originario o, más probablemente, el resultado de una constitución más tardía, la *pysché* de los griegos terminaría siendo el nombre del ser que designaría la vida en sus facetas indivisibles de un cuerpo y de un plus de cuerpo ilocalizable. Asimismo, comporta una máxima relevancia el carácter cósmico que la *psyché* revestía para los griegos como bien testimonian los fragmentos heraclíteos en los cuales es posible comprender a la *pysché* como un fuego cósmico y, por lo tanto, como una materialidad que excede los límites del propio *sóma* y existe fuera de los cuerpos. En este sentido, la propia *psyché* es un excedente (y no un resto) de todo cuerpo y se asimila con el Todo otorgándole a la vida un sentido eminentemente cosmológico.

3.

Toda noción de lo político deriva, en consecuencia, de la *psyché* en su encarnadura corporal. En este aspecto, resulta imperativo considerar un pasaje

aristotélico que ha marcado de manera durable todo el camino de la metafísica occidental:

Los sonidos emitidos por la voz (*phoné*) son símbolos de las pasiones del alma (*pathêmata tês psychês*) y las palabras escritas (*ta graphómena*) lo son de las palabras emitidas por la voz (*tà en têt phonê*). Y del mismo modo que la escritura no es la misma para todos los hombres, tampoco las expresiones vocales son las mismas. Sin embargo, las pasiones del alma de las cuales estas expresiones son los signos inmediatos resultan idénticas para todos como también sucede con las cosas de las cuales estas pasiones son semejanzas (*homoiómata*). (ARISTÓTELES, *De interpretatione*, 1, 16^a 2-9).

Sobre este texto, Jacques Derrida ha oportunamente señalado que "las afecciones del alma" puede Aristóteles omitirlas del análisis por efecto de "transparencia" (DERRIDA, 1967: 22). Es un modo de expresar, para Derrida, que el alma no es una sustancia sino un efecto logológico o bien un presupuesto logotranscendental y, por ello mismo, sin valor ontológico. De esta forma, el "logocentrismo" (que es también "fonocentrismo") es "solidario con la determinación del ser del ente como presencia" (DERRIDA, 1967: 23). De este modo, podríamos establecer una serie axiomática como sigue:

1) Si la *phoné* simboliza a la *psyché* y a su vez la voz es simbolizada por la letra, debemos postular que en el acto de simbolizar se abre un abismo constitutivo entre ellas. La triplicidad "*psyché*-letra-voz" da cuenta de una relación disyuntiva entre sus elementos que, en el fondo, es la auténtica causa de la arbitrariedad de cualquier signo lingüístico.

2) La voz y la letra pueden hendir la *psyché* y dividirla por un efecto de retroacción no contemplable en el marco de la metafísica aristotélica. La "eficacia" del signo consiste precisamente en la capacidad de la voz y la letra para atravesar el abismo y producir un salto de sutura de la disyunción originaria para lograr así anudarse en la *psyché*. La *psyché* no está estructurada como un lenguaje sino, al contrario, dividida por la letra para que "haga forma" según estructuras disyuntas.

3) No hay *psyché* que no sea cuerpo o, mejor dicho, que no haya hecho del cuerpo su síntoma. De allí que el camino es inverso al esperado por la tradición filosófica: la voz y la letra no salen del cuerpo sino que entran a éste desde fuera y fabrican al sujeto como un efecto de superficie inscripto en el *sóma*.

4) Los axiomas precedentes implican que la *psyché* no es ni una transparencia ni un fundamento negativo sino una realidad para-ontológica disyunta. Salvo que la letra-voz otorga agencia a un deseo que hiende al cuerpo y, en el mismo acto, no hace sino abrirlo hacia un *Outside*. Las voces que hablan y los lenguajes que se escriben pertenecen a la dimensión que los antiguos estimaban propia de los démones, es decir, de un estrato extra-humano.

5) Es necesario cambiar radicalmente, entonces, el modo que Occidente ha asumido para pensar la política desde Aristóteles. Si el *lógos* no es lo esencial del animal político, esto se debe a que el lenguaje es una exterioridad alguna vez denominada *tò daimónion*. Por consiguiente, toda política está siempre en ex-tasis de lo humano que, en cuanto tal, no tiene lugar sino como efecto *après-coup*.

6) En la misma dirección, cuanto se agrupa bajo el nombre de *tò aóraton* no es sino la expresión de una disyunción pura que no puede, por tanto, resultar aprehendida bajo las formas herederas de la política clásica pero tampoco bajo los principios del Ser.

Habida cuenta de estos axiomas, ¿qué podría ser, entonces, una política que asumiese plenamente el des-anudamiento de la triplicidad *psyché-phoné-grámma* como la sutura *après coup* de una disyunción estructural? De la respuesta a este interrogante dependerá la política que aún no ha advenido pero cuyos nuevos contornos resulta necesario pensar en un momento, como el presente, en que el antiguo anudamiento ha sido desatado. Las múltiples consecuencias de este hecho que marcan el colapso de una era se resumen en el hecho de que, en todo el orbe, la verdad (*alétheia*) vagabundea por intersticios vacíos, a la espera de alguna ocasión de advenir al ser-dicho aún (o especialmente) entre las intermitencias de la mentira como programa.

4.

Como ha sido demostrado hace mucho tiempo ya, la cuestión de lo verdadero y de lo falso sólo tiene, en nuestras sociedades, una importancia teórica, vale decir,

no tiene ninguna importancia en absoluto. De allí se deriva una mutación de envergadura inusitada en el esquema político del pensamiento occidental pues la verdad pierde su gravitación política (aunque no necesariamente ontológica) con el ascenso de los Póstumos y el afianzamiento de su cosmovisión omnicomprendiva. Un signo insoslayable lo ofrece el posicionamiento de los Póstumos frente al poder político. En la extinta era de *Homo* una reflexión insoslayable al respecto cabe atribuirse a Étienne de la Boétie. Según los dichos de Michel de Montaigne que podemos tomar como consumado testimonio que no amerita desmentida alguna, La Boétie no fue, precisamente, ningún agitador del orden público durante su vida. Esto no le impidió realizar algo que hoy resulta ya inverosímil a los habitantes del mundo: producir una reflexión sobre la paradoja aparente de que los seres humanos, nacidos libres, deciden someterse voluntariamente a la servidumbre de un orden político cualesquiera.

Tanto más pertinente resulta recordar la indagación de La Boétie cuanto que este se encarga, precisamente, de señalar que los pueblos de todo el mundo descifran, tarde o temprano, los vicios de los poderosos y "les reprochan todas sus desgracias (*malheurs*), todas las pestes (*pestes*), todas las hambrunas (*famines*)" (LA BOÉTIE, *Discours*, 26). Y, sin embargo, la obediencia tiene lugar en plenitud a pesar de las antedichas contestaciones salvo, desde luego, en los períodos extraordinarios de las insurrecciones y revueltas. En cierta forma, La Boétie exhibe el mérito de ser, no ciertamente el primero, pero sí uno de los más destacados pensadores de la Modernidad que atribuyó a los poderes una connotación de sospecha y desconfianza.

Después del *Discours*, nadie examinaría los meandros del Poder sin cuestionarlos al mismo tiempo. Lo contrario también es posible por efecto de contraposición estructural: nos hallaremos, en esos casos, ante los defensores del orden establecido. Las tradiciones humanísticas, en buena medida, habían heredado el punto de vista de La Boétie. Pero hoy en día, con las Humanidades ya extraviadas para siempre, se ha logrado un resultado más bien contrario. Es decir, los universitarios de todo el mundo, salvo excepción, han claudicado de cualquier espíritu de acribia frente a la Gran Transformación que los Póstumos llevan adelante

y que la pandemia que asoló al mundo a partir del año 2020 no ha hecho sino acrecentar.

Podría decirse que, a partir del hecho histórico conocido como la pandemia mundial de Covid-19, la servidumbre voluntaria se transformó en completamente legítima dado que los habitantes de Gaia, una vez inducidos por los poderes a las tecnologías del distanciamiento social, los segundos no lo aplicaron con tanto encarnizamiento como los primeros. Son los pueblos los que transformaron en legítimas todas las medidas de desagregación social y las reforzaron hasta el paroxismo llevando la vida política y ética a su completo abismo. No es necesario resaltar que el gesto no ha sido unánime pero huelga también señalar que ha sido mayoritario y la inclinación por la servidumbre activa ha ganado la partida. La consigna de acatamiento a los Poderes se transformó, por así decirlo, en el canon dominante del pensamiento político de la universidad mundial y de las usinas del *infotainment* global. Para La Boétie, la obediencia no era natural ni legítima. Ahora se considera exactamente lo contrario.

El hecho no puede pasar inadvertido a quien pretenda observar el derrotero del gnosticismo político occidental que, en la Era de los Póstumos, sufre una metamorfosis duradera. Podríamos decir, de esta forma, que se ha producido una suerte de diagrama de inversión de valencias en la matriz política de Occidente. En los tiempos presentes, la Naturaleza quiere ser considerada esencialmente buena (más allá de que el propio virus causante de la Covid-19 es un híbrido de origen natural pero de incubación económico-social). La premisa última de la bondad de la naturaleza, cabe argüir, se deja entrever en el afán de preservación de la vida biológica más allá de cualquier sacrificio de la ética política. La consecuencia se impone: la única soteriología aceptada por los Póstumos es la salvación del propio cuerpo entendido como sustrato anátomo-patológico. No sorprenderá, entonces, que los médicos sean los auténticos gnósticos de nuestro tiempo. Pero, como tales, no pueden sino invertir los valores: los cuerpos ya no son el tormento del alma (según la aporía precedente del gnosticismo político de la era de *Homo*) sino que, al contrario, la reivindicación de toda noción de *pysché* que exceda su completa identificación con las redes neuronales, es considerada la quimera última. Nada mejor que el cuerpo biológico entonces pues no hay valor externo que sugiera un uso

libre del mismo que merezca ser aceptado. La única libertad admitida para el cuerpo es su conservación bajo el régimen específico de la servidumbre voluntaria legítima. El corolario del proceso implica que ya no existe ningún Dios misericordioso oculto más allá de los Arcontes de este mundo que ahora son considerados insospechados y bien dispuestos: la *arché* se instituye como fuente de los Poderes que exigen la servidumbre legítima y la esperanza, revolucionaria o de cualquier otro tipo, antes punto de fuga del sistema, ahora ha sido definitivamente expulsada del conjunto de las equivalencias políticas. La obediencia legítima implica, de este modo, que el gnosticismo invertido es la religión política de los Póstumos cuyo designio no deja de estar marcado por una voluntad de determinismo absoluto sin ningún lugar, ni teórico ni práctico, para las libertades de los vivientes. De esta forma, la isotopía conceptual del gnosticismo político occidental mantiene los merismas pero, en la inversión posicional de su lógica, altera de modo irreversible la gramática de los vivientes de todo el orbe. Lo que en la lógica política es una transvaloración de las aglutinaciones conceptuales, en la Historia se traduce como un cataclismo epocal en cuyo estrépito está consolidándose la Nueva Era Póstuma.

Dicho de otro modo, tomando en consideración lo aquí vertido, ante la equivalencia *pysché* (vida) = Ser, hay que admitir que nos hallamos, en los tiempos presentes, nada más y nada menos que en los umbrales de una mutación irreversible en el orden del Ser. Indudablemente, de una u otra forma, habrá un futuro para la Tierra como geohistoria ecosistémica y en cuanto cronología físico-acontecimental. Mucho más dudoso, sin embargo, es que vaya a existir un por-venir para los habitantes de nuestro mundo. Todos los vivientes en general están amenazados en grados diversos pero, particularmente, resulta hoy más difícil que nunca pensar un por-venir, esto es, un futuro habitable para los vivientes en Gaia.

5.

Derrida recuerda que la noción de Signo es un descendiente eminente de "ese logocentrismo que es también un fonocentrismo, vale decir, proximidad absoluta de la voz y del ser, de la voz y del sentido del ser, de la voz y de la idealidad del sentido" (DERRIDA, 1967: 23). Derrida sabía algo que suele ser pasado por alto en los debates político-filosófico-lingüísticos contemporáneos: el signo y la divinidad tienen el

mismo lugar y el mismo momento de nacimiento. La época del signo es esencialmente teológica. Con todo, dice Derrida que tal vez nunca termine. Sin embargo, su clausura histórica está esbozada. Dicha clausura permite intentar deconstituir la falla de la máquina teológico-política.

Ahora bien, mientras Derrida escribía esas páginas, no dejaba de ser oscuramente consciente de que la máquina teológico-política estaba, ya entonces hace medio siglo, siendo amenazada por otra máquina, habría que decir las máquinas, de la cibernética. Un imperio de la telemática se estaba diseñando y las consecuencias podrían ser atroces. Derrida lo sabía pues él mismo señala que esa cibernética logrará deshacerse de todos los conceptos metafísicos: alma, vida, valor, elección, memoria. Creemos que hoy en día, precisamente, esa tarea está más cerca que nunca de su cumplimiento absoluto. Y, de hecho, los fabricantes de futuro, es decir quienes trabajan en contra de todo por-venir, están hoy muy cerca de proclamar su triunfo en el mundo que se está diseñando, ahora mismo, bajo nuestros pies, en el decurso de la pandemia mundial. Digo muy cerca porque sabemos de las voces disidentes pero no olvidemos tampoco que, al menos por ahora, son ciertamente minoritarias.

Sea como fuere, hace medio siglo Derrida creía que la cibernética no podría, a pesar de todo, deshacerse de la noción de escritura, de huella, de grama o de grafema. No obstante, los asaltos no han cesado y esta última noción de la metafísica es hoy, precisamente, la que está puesta en entredicho por la digitalización planetaria. Estimamos que resulta pertinente y necesario interrogarse si no estamos en presencia, justamente, de una subversión de la noción misma de Signo en cuanto tal. Una nueva ateología del Anti-signo está en curso y tenemos para nosotros que está llamada a transformar, de cabo a rabo, todo cuanto hemos conocido hasta el momento como un mundo humano. Lo sé: el mundo del Hombre que está feneciendo no tiene, sobre todo en esta fase decreciente, nada que merezca precisamente elogios. Más bien todo lo contrario. El riesgo, con todo, es que hay quienes buscan reemplazarlo con una tiranía aún más despiadada, aún más perversiva de los cuerpos. Quienes propugnan por ese futuro buscan deshacer el lazo teológico-político del Signo en nombre del Bit como operador de la desagregación de la vida como genoma: ya no las bodas del significante con lo viviente sino de la

configuración zoopolítica de lo viviente en lazo con el Bit en tanto elemento a-humano, más allá de todo grafema. Si esto es cierto, podríamos estar en un alba que, tal vez, demore décadas o, incluso, un par de siglos (¿cómo saberlo?) antes de materializarse por completo: esto es, el final de la escritura. No albergamos duda alguna de que asistimos al momento en que muchos están intentando sentar las piedras fundacionales de dicho movimiento de largo alcance.

Podemos inferir, dado que hemos sostenido que la escritura se enlaza con la *psyché*, que no es posible el final de la primera que no conlleve la ruina de la segunda. Disolver la *psyché* como entidad trans-material o como *tópos* de convergencia indistinta entre lo material y lo invisible o, mejor aún, como invisibilidad material, constituye uno de los designios del Eón presente. De allí que el final de la metafísica coincide con el final de la zoopolítica como último refugio de la ontología clásica. La categoría misma de vida carece de todas sus significaciones precedentes: ya no es ciertamente *bíos*, ni tan siquiera *zoé*. Mucho menos responde a las exigencias cosmológicas de la vida primordial que se cifraba en la cosmología de la *psyché*. En el tiempo póstumo al que estamos accediendo, los trastocamientos son tan profundos que atañen al modo mismo en que, hasta el presente, hemos pensado la historia milenaria del Ser.

La gramática ontológico-política de Occidente ha sido completamente evacuada de toda inteligibilidad y lo que adviene aún no tiene nombre preciso aunque, preliminarmente, cabe denominarlo la era de la singularidad póstuma y su emergencia es uno de los hechos más contundentes que jamás se hayan presentado en la eco-historia de Gaia. ¿Qué será una humanidad desprovista de escritura y afectada de una *psyché* condenada al exilio? Es de esperar que pronto comenzaremos a intuirlo. Como hemos señalado, entendemos que a este proyecto se oponen otras fuerzas. De seguir siendo así, es posible que podamos, a pesar de todo y de lo ominoso que se presenta el panorama, acercarnos a lo que Derrida le gustaba llamar, enigmáticamente, "el resplandor más allá de la clausura" (DERRIDA, 1967: 25).

6.

En una de sus más osadas afirmaciones, Sigmund Freud ha podido discernir que la espacialidad puede ser concebida como una proyección del carácter extenso

del aparato psíquico. Negando toda legitimidad a la estética trascendental de cuño kantiano, Freud postula que "Psique es extensa (*Psyche ist ausgedehnt*)" (FREUD, 1993: 152). Aquí la extensión vale como otra denominación de la continuidad y que el aparato psíquico sea definido con su nombre propio mitológico no hace sino reconducir a Freud hacia el problema de las potencias demoníacas que rigen a *Homo* y que él trató de conjurar en su obra, de diversas formas, bajo los ropajes de una ciencia de corte no pocas veces biologizante.

No obstante, en estas postreras anotaciones de Freud, Psique retorna para reclamar sus derechos como potencia de lo Invisible rectora de los destinos humanos y configuradora fundante del ecosistema del mundo. Para entonces, ya era tarde. La secreta invocación para la conquista final de Psique con el objetivo de hacer de ella el territorio de lo discreto había dado comienzo y hoy se ha alcanzado el ápice de la despotenciación de lo Invisible. De allí que el encarnizamiento de los tiempos actuales se centre, precisamente, sobre la noción de *psyché* que, luego de milenios de existencia, corre el albur de ser erradicada de la faz de la Tierra al reducirla simplemente a una ilusión pretextada por la única existencia aceptable para los Póstumos: la materialidad de los enlaces neuronales.

Por ello, en nuestros días, el auténtico sentido del final de la Historia no es, precisamente, otro que el fenecimiento del Espíritu (heredero de la *Psyché* enarbolado como Absoluto metafísico) del panorama de la existencia de los vivientes en Gaia. De allí que nuestra época sea, en todo aspecto, un *experimentum stultitiae* donde la forclusión de lo Invisible ha generado el efecto devastador a partir del cual los discursos masivos circulantes, en los sistemas telemáticos o fuera de ellos, no son sino una forma de *delirium* sin conciencia de sí mismo y que se expande bajo el irónico nombre de "nueva normalidad" transformándose en el Universal del Nuevo Orden Póstumo. De esta forma, no hay verdad que se pueda encontrar por fuera de la superficie misma del delirio planetario ni lenguaje que escape de su desquicio fundante para tomar la forma de un Evangelio de la discrecionalidad telemática.

Con todo, la para-metafísica que defendemos sostiene que, a pesar de todo, Psique no ha desaparecido sino que, únicamente, ha abandonado el mundo de los Póstumos para supervivir, con sus propiedades fundamentales, en el nudo de la

disyunción del Ser que, más allá del continuo y del discreto, le permite todavía ser parte de la auténtica medida determinante del cosmos.

Referências

DERRIDA, Jacques. *De la grammatologie*. Paris: Les Éditions de Minuit, 1967.

FREUD, Sigmund. "Ergebnisse, Ideen, Probleme". In: *Id. Gesammelte Werke. Band XVII: Schriften aus dem Nachlaß 1892-1939*. Edición de Anna Freud. Frankfurt am Main: S. Fischer, 1993.

HOMERO. *Odisea*. Edición de A. T. Murray. Cambridge, MA: Harvard University Press; London: William Heinemann, 1919.

LA BOÉTIE, Étienne de. *Discours de la servitude volontaire*. In: *Id. Oeuvres complètes d'Estienne de la Boétie*. Volumen I. Bordeaux: William Blake & Co., 1991: 65-98.